Percibo en el cuadro la atmósfera mediterránea de las colonias griegas en que vivieron aquellos extraños y fascinantes pensadores mal llamados *presocráticos*.

Se puede especular que, en casi toda la historia de la humanidad, cualquier cosa a nuestra mano tenía un uso. Y, desde que hay un registro escrito, es defendible que en ocasiones ese uso era eminentemente político, aunque a menudo lo hemos malinterpretado. Como cuando creíamos que los primeros pensadores griegos indagaban acerca de los principios que gobiernan la Naturaleza, sin percatarnos que sus supuestas especulaciones físicas y cosmológicas eran un modo, muy significativo y contundente, de referirse y valorar acontecimientos que les eran próximos. Acontecimientos que marcaban tendencias sociales y conflictos ideológicos entre los distintos grupos de poder de sus ciudades, a los que ellos mismos pertenecían.

Hoy en día todo esto ha cambiado, y somos capaces de hallar connotaciones políticas por todas partes, sin que esto suponga a menudo nada más allá de un errático y falaz juego hermenéutico. Somos muy dados a cometer un error inverso al de quienes, desde Aristóteles, tergiversaron *pro domo sua* a los pensadores del siglo VI y V a.C., etiquetándolos como meritorios pero inmaduros predecesores de la explicación de la *phýsis* que, más de un siglo después, el propio Estagirita desarrollaría en una prosa analítica y sistemática.

Nada que ver, en verdad, el legado de su Liceo peripatético con los hexámetros del poema de Parménides en defensa de cierta tradición, anclada en la oralidad; o con los chispazos aforísticos de Heráclito, que sus conciudadanos entendían como un posicionamiento a favor de la ley escrita y del sacrificio cívico, y que no eran para ellos, por aquel entonces, en absoluto oscuros.

Este *Caldo* me invita a pensar la extrañeza y a la vez obviedad de la praxis política cuando ésta se encuentra incardinada en las pasiones desatadas y antagónicas de una ciudad viva.

¿Por qué dar por sentado que la sugestiva composición del óleo remite solamente a un juego de referencias intra-pictóricas, y no palpita en él algo más transgresor?, ¿una suerte de llamamiento a que el paisaje, la naturaleza muerta y el resto humano y humeante que aparecen en él susciten algo análogo a lo que ofrecían los fragmentos escritos —y algunos rastros pictóricos— vinculados a los parajes de Mileto, Elea, Héfeso, Agrigento, Clazomene o Abdera?

De hecho, lo que vemos está *fuera de lugar*. Tan fuera de lugar —¿qué hace ahí si no ese resto humano y humeante, del todo extemporáneo?— que legitima la sospecha de que el juego pictórico en sí puede que no sea sino una impostura, un trampantojo, una cortina de humo. Se me hace ahora notorio que se está proponiendo un sentido bien diferente al que nos puede parecer. Su verdadero uso, llego a sospechar, no está en la representación (que se torna elusiva con respecto a sí misma), ni siquiera en la materialidad de la pintura —ese espesor de los grumos de óleo que ensucian el lienzo creando la incongruente imagen—, sino en *algo que oculta la materia misma*, es decir, la composición de los materiales empleados. ¿Y si los analizáramos y encontrásemos en ellos restos de sustancias psicotrópicas, que nos remitan a algo inspirado en los rituales órficos? Bien sabido que aquellos rituales, en los que se alteraban las funciones *neurotípicas*, exhortaban a una impugnación salvaje al buen gobierno de la polis. (Recordemos que el mismo Platón se adentró en los misterios órficos cuando fue dolorosamente consciente del fracaso de sus afanes políticos; su teoría escrita de las formas y, aún más, la forma oral de enseñanzas esotéricas, que suponen la culminación de su pensamiento y tanto han marcado la historia occidental, son inconcebibles sin tal deriva mistérica).

Al agudizar el olfato, esta hipótesis toma cuerpo: el leve aroma que del lienzo emana, entre almendrado y rancio, tan característico de los hongos y del moho, no puede ser sino confirmar mis sospechas. ¿Valdrá con arrancar el lienzo de su marco y devorarlo para conspirar en la destrucción de los *compromisos cívicos consabidos* y, según Orfeo —y también según Platón—, castrantes, o bien será necesario procesarlo para sacar de él la esencia farmacológica que esconde?

Antonio Capizzi es filósofo e historiador